

# DISCURSOS Y PRÁCTICAS POLÍTICAS EN TORNO A LA CRUZADA ANTITABACO

Susana Rodríguez Díaz  
Universidad Nacional de Educación a Distancia

## I. INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, el hábito de fumar ha sido objeto de acciones y discursos institucionales que buscan promover, entre la ciudadanía, una alteración tanto en la valoración como en el ejercicio de lo que venía siendo actividad habitual. Esto abarca tanto la creciente regulación y normalización del tabaco como la construcción de un nuevo sistema ideológico, transmitido a través de campañas diseñadas para caracterizar al tabaco como enemigo social.

De acuerdo con un análisis socio-metafórico del lenguaje [Lizcano, 1999, 2003, 2006], las metáforas que se eligen para nombrar una parcela de la realidad reflejan, a la vez que instituyen, los presupuestos ideológicos y culturales de una sociedad. Al reparar en la existencia, en ese conjunto de acciones institucionales denominadas «cruzada antitabaco», de un doble repertorio léxico, un vocabulario bélico y otro religioso, he probado a aplicar aparatos conceptuales procedentes de los estudios sobre religión y sobre guerra.

En los apartados que siguen haré referencia, en primer a la existencia de un imperativo religioso en la vida social de las diversas culturas, incluso en las más avanzadas y secularizadas. En segundo lugar, trataré el carácter sagrado que, en nuestra cultura, ha adquirido el conocimiento científico, lo que guarda relación con el proceso de medicalización, que será objeto del siguiente apartado. Después, trazaré algunos apuntes acerca de la conexión entre el culto al cuerpo y el rechazo hacia el tabaco. A continuación, hablaré

la relación entre tabaco y contaminación, para continuar con la utilización del mecanismo de la víctima propiciatoria en la lucha contra el tabaco. El combate contra los enemigos de la sociedad implica creer que existen guerras justas, tema abordado en último lugar.

Ilustraré mis reflexiones con ejemplos tomados de los medios de comunicación de masas y de algunas instituciones importantes en la lucha antitabaco. Asimismo, analizaré algunas campañas antitabaco significativas. Para terminar, esbozaré unas breves conclusiones.

## 2. RELIGIÓN Y SOCIEDAD: EL CASO DEL TABACO

Según Max Weber, la secularización de las sociedades industrializadas no ha supuesto declive, sino mutación, de funciones religiosas, que han sido transferidas, con un nuevo ropaje, a instituciones seculares. Autores como Michel Foucault han descrito los modos en que tiene lugar esta transmisión de valores y modos de disciplina desde la esfera religiosa a otras áreas de la vida social, como la medicina o el poder gubernamental.

Según Salvador Giner (1996), asumir la existencia de un imperativo religioso en nuestra vida social puede explicar la cohesión de una sociedad secularizada, heterogénea, tecnificada y poliárquica. Por ello, en condiciones de modernidad avanzada se puede hablar de un culto religioso a lo profano o «religión civil», recurso para la legitimación del poder y la autoridad que sacraliza y sostiene lo político.

En relación a la cruzada antitabaco, puede ser fértil la utilización del esquema que proporciona Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa*. El fenómeno religioso supone la división del universo en cosas sagradas, que las prohibiciones protegen y aíslan, y cosas profanas, a las que se aplican estas prohibiciones y que deben quedar a distancia de las primeras. La religión implica, además de la existencia de creencias o representaciones –que clasifican a todas las cosas existentes en profanas y sagradas (y estas últimas, en puras e impuras)– la existencia de modos de acción –que se traducen en reglas de conducta o ritos– que prescriben cómo debe comportarse el hombre en relación con las cosas sagradas.

La separación entre lo sagrado y lo profano –y la división, dentro de lo sagrado, entre lo puro y lo impuro– y el miedo a la contaminación si se rebasan los límites entre uno y otro, puede servir para comprender políticas de purificación basadas en nociones como «espacios sin humo», «pulmones limpios» y «cuerpo sano». La asociación semántica entre «salud» y «salvación» puede ser relevante para comprender la demonización pública de sustancias o colectivos mediante la creación de «chivos expiatorios». Asimismo, la doble vertiente del fenómeno religioso –modos de acción y creencias– puede ayudar a comprender que existan, por una parte, prácticas –como la separación de espacios para fumadores y no fumadores, el culto al cuerpo, la creación de chivos expiatorios o el pastoreo de los ciudadanos por parte de autoridades paternalistas– y, por otra, discursos –de carácter científico– que legitimen tales rituales.

La perspectiva religiosa puede ayudar, también, a explicar la necesidad que tienen las instituciones gubernamentales de organizar campañas que invitan a la población a participar en una lucha común –que les recuerde cuáles son sus valores y dónde están sus límites– pues, para Durkheim, toda sociedad necesita reafirmar, periódicamente, los sentimientos e ideas colectivos que le proporcionan su unidad y personalidad. Estas ideas intensas y compartidas tienden a adoptar una forma religiosa.

### 3. LA CIENCIA COMO DISCURSO SAGRADO

Las relaciones de poder no pueden establecerse ni funcionar sin la producción, acumulación y circulación de discursos. El poder produce y transmite efectos de verdad que, a su vez, lo reproducen. Sin embargo, tanto la medicina occidental como la ciencia en general son sólo representaciones de la realidad, y no la realidad misma. La medicina está vinculada con el conjunto de la cultura, y la modificación de las concepciones médicas está íntimamente ligada al imaginario de cada época.

Sin embargo, la postura que, frecuentemente, se toma hacia la ciencia es la de tratarla como algo sagrado que se mantiene a distancia respetuosa porque se considera que sus atributos están por encima de creencias, prejuji-

cios o hábitos. Mary Douglas [1991: xv-xx] plantea cómo la actual visión de nosotros como cultura nos ha llevado a creer que la ciencia respalda la veracidad de teorías empíricamente validadas, sin reparar en que todos los procesos cognitivos están politizados, y que nuestro conocimiento del mundo siempre es fragmentario.

Según Giner (1966), el cientifismo puede considerarse como un culto religioso. Se trata de una versión atenuada de lo sobrenatural, generada por una época que sigue necesitando una visión coherente del cosmos. También David Bloor [2003: 90-96] considera que a la ciencia y al conocimiento se les puede dar el mismo tratamiento que los creyentes dan a lo sagrado. Al asumir que el trabajo científico procede de principios distintos de los que operan en el mundo profano, se lo protege de una contaminación que destruiría su eficacia, su autoridad y su poder como fuente de conocimiento.

Para Lizcano (1999), la ideología científica es la forma más potente de ideología que existe en nuestros tiempos, pues su pretensión de constituirse en metadiscurso verdadero por encima de saberes y opiniones particulares la convierte en ideología dominante. Además, su función ideológica queda oculta por su eficacia a la hora de presentar lo particular y construido como universal y necesario. David Noble (1999) va más lejos aún, al considerar que ciencia y religión nunca han estado divorciadas. Literal e históricamente, ambas han evolucionado paralelamente y, como resultado de ello, la empresa tecnológica está invadida por un sentimiento religioso, no sólo por que la tecnología evoque emociones religiosas, sino porque se ha convertido en una nueva religión seglar con su casta, rituales y artículos de fe.

La explicación última de este hecho reside en el papel que juega el conocimiento en la sociedad. Como afirma Durkheim, la distinción entre lo sagrado y lo profano separa aquellos objetos y prácticas que simbolizan los principios sobre los cuales se organiza la sociedad, y encarnan el poder de su fuerza colectiva. Cuando pensamos en la naturaleza del conocimiento, lo que hacemos es reflexionar indirectamente sobre los principios que organizan la sociedad, manipulando representaciones sociales, ya que el conocimiento transforma la experiencia de la sociedad. Reflexionar acerca del conocimiento, es, por tanto, pensar en la sociedad que, para Durkheim, siempre se percibe como sagrada.

En relación al tabaco, se construye un discurso absolutista en relación a sus efectos sobre la salud valiéndose de «evidencias» científica. A continuación se proporcionan algunos ejemplos de esta estrategia: «Se sabe desde hace casi un siglo que el tabaco mata, y no hay día que pase en que no aparezca un nuevo estudio científico que añada más evidencias sobre los estragos que causa en la salud» [*El Mundo*, suplemento de salud, 28/V/1998]. «Las cifras cantan: si de cada 1.000 muertes en España, una es atribuible al consumo de drogas duras, dos al sida y 20 a los accidentes de tráfico, el cigarrillo es la causa directa de 133 fallecimientos. Los expertos piden políticas globales para frenar la expansión de esta epidemia» [*Elmundo salud*, 30/V/1996].

La consecuencia lógica es que hay que intervenir para que los fumadores abandonen su hábito y que se evite que consuman tabaco en presencia de los que no quieren contaminarse. ¿Qué mejor manera de justificar la necesidad de que el Estado regule el consumo de tabaco que apelar a esos datos que hablan por sí mismos, a esas cifras que cantan?

#### 4. LA MEDICALIZACIÓN DEL TABAQUISMO

Según diversos autores, la actual actitud frente al cuerpo es herencia de una tradición cristiana que lo convierte en escenario del deseo pecaminoso y que concibe su salud como bienestar moral; la salvación implica salvar al cuerpo y al alma [Turner, 1984: 32-33]. La organización moral del individuo mediante prácticas religiosas se desplaza a la medicina, por lo que las prescripciones médicas para la salud llevan consigo prescripciones acerca del comportamiento [Foucault, 2000].

Por ello, en relación al consumo de tabaco, puede ser de interés observar cómo se ha pasado de considerarlo como un hábito más a tratarlo como una enfermedad encuadrada dentro de la categoría de drogodependencias, además de convertirse en causa de multitud de enfermedades. De hecho, la consideración de que el tabaquismo es objeto del saber médico ha sido esencial para justificar la intervención sobre este hábito al convertirlo en patología, permitiendo el desarrollo de un amplia gama de remedios farmacológicos para combatirlo.

Al caracterizar el acto de fumar como algo compulsivo y dañino, los discursos dominantes lo despojan de su contenido simbólico. Los efectos del tabaco serán analizados en términos mecanicistas y biológicos, poniendo énfasis en la contaminación que sufre el organismo humano al ingerir esta sustancia.

La utilización de conceptos puramente técnicos y materiales aplanan, reduce, elimina matices. La mayoría de las connotaciones positivas del tabaco se basan en argumentos que hacen referencia a lo espiritual, creativo, erótico o romántico, valores que quedan fuera del ámbito de lo científico que, al quedar fuera, pasan a ser inexistentes o, al menos, poco dignos de consideración. Por ejemplo, el humo del tabaco, antes visto como algo poético, mágico o sensual, pasa a ser tan sólo algo tóxico y, por tanto, prescindible: «El humo del tabaco está dividido en una fase de partículas y en otra de gas; la primera contiene: nicotina, nitrosaminas como la NNK y NNN, alquitrán, metales como el cadmio, níquel, cinc y poloni-210, hidrocarburos policíclicos y aminas carcinogénicas. La fase de gas contiene monóxido de carbono, anhídrido carbónico, benceno, amoníaco, formaldehído, cianuro de hidrógeno y otros compuestos. Todos estos compuestos son asfixiantes, irritantes, ciliatoxinas, mutágenos, carcinógenos, inhibidores de enzimas, neurotoxina o compuestos farmacológicamente activos, y sus proporciones también varían en función del tipo de tabaco» ([www.infotabaquismo.com](http://www.infotabaquismo.com)).

Los tres pilares en los que se sustentan las argumentaciones en contra del tabaco son: la nocividad del tabaco para la salud –que permitirá convertir al tabaco en enemigo social y despojar al acto de fumar de sus connotaciones positivas–, la creación del concepto de fumador pasivo –que permite justificar la prohibición de fumar en espacios públicos– y la caracterización del tabaquismo como enfermedad, concepto clave para justificar la intervención médica en el ámbito de las conductas, además de cuestionar la libertad del que fuma, que es catalogado de adicto.

#### *4.1. La nocividad del tabaco*

En las últimas décadas, se ha ido consolidando la asociación inversa entre

tabaco y salud<sup>1</sup>. Ya en los años ochenta, en Gran Bretaña, varias instituciones médicas publicaron informes en los que se comparaba al tabaco con «las devastadoras epidemias infecciosas del pasado» y en el que se atacaba a las autoridades por no evitar el «holocausto» que supone el consumo de cigarrillos, llegando a utilizar, en uno de estos informes, títulos tan terribles como *La gran masacre*. Utilizar términos con tan fuertes connotaciones emotivas es lo que permite pedir que se introduzcan regulaciones en el mundo del tabaco en la dirección de limitar su venta, publicidad y consumo. Titulares tan espectaculares como «El tabaco y el alcohol, principales verdugos» [El País, 21/II/1986] permitirán justificar que se nombren –y conciban– en términos bélicos las acciones institucionales emprendidas en relación al hábito de fumar. Con motivo del lanzamiento de un programa llamado «Europa contra el cáncer», se llega a afirmar que «el enemigo público número uno es el tabaco».

La propaganda antitabaco, centrada únicamente en los efectos nocivos del tabaco, no deja lugar para discursos que hagan referencia a la posible ambivalencia de esta sustancia, que puede ser beneficiosa para unas cosas aunque sea perjudicial en otros sentidos, dependiendo, además, de la cantidad que se consuma, del tiempo que se lleve consumiendo e, incluso, de su forma de administración. Los discursos en torno al tabaco son mucho más simplistas y genéricos, planteando que es, simplemente, enemigo de la salud. Por ejemplo, en *El periódico de la Farmacia* (2<sup>a</sup> quincena de enero de 2009), apareció un artículo con el siguiente título: «La cantidad no importa, el tabaco mata igual. Fumar menos de cinco cigarrillos al día triplica el riesgo de morir por un infarto o un cáncer de pulmón».

---

<sup>1</sup> Desde tiempos inmemoriales, el tabaco ha sido utilizado como remedio medicinal. De hecho, un factor decisivo para su aceptación en Europa tras el descubrimiento de América fue su valor terapéutico, siempre acompañado de consejos de mesura evitar sus efectos deletéreos.

## 4.2. *El fumador pasivo*

Una idea de importancia para el movimiento antitabaco ha sido la de que los cigarrillos no sólo son nocivos para el que fuma, sino también para el que no fuma, lo que acaba desembocando en la creación del concepto de «fumador pasivo», esto es, de alguien que fuma involuntariamente, con toda la carga emotiva que ello conlleva (son víctimas del humo que los fumadores les obligan a inhalar en contra de su voluntad). Esto supone un salto desde la idea de que consumir esta sustancia en presencia de otros les puede molestar a la noción de que consumir tabaco en presencia de otros les perjudica. El concepto de fumador pasivo ha sido el más criticado por parte de los opositores al movimiento antitabaco, que a menudo consideran que se trata de una ficción.

Uno de los abanderados del movimiento antitabaco, Stanton A. Glantz, llegó a afirmar en una conferencia, lo siguiente: «Lo más importante que ha hecho la ciencia [acerca del humo de tabaco ambiental o del “fumar pasivo”], además de ayudar a la gente como yo a pagar sus hipotecas, es legitimar la preocupación general de la gente porque no les gusta el humo del tabaco. Y ésta es una gran fuerza emotiva que tiene que ser canalizada y usada. Estamos en marcha y los bastardos en fuga» [Hatton, 2000]. Como admite explícitamente Glantz, la ciencia es un modo de legitimación con gran poder de convicción, que sirve para ganar dinero y para provocar la huida de los «bastardos», término bastante significativo que hace referencia al carácter impuro de aquellos que tienen relación con el tabaco.

Un buen ejemplo de estrategias utilizadas para canalizar las emotividades a las que se refiere Glantz se puede encontrar en una de las campañas que, en contra del tabaco, lanzó el Ministerio de Sanidad en 2006, que expresa al máximo el concepto de «fumador pasivo» al caracterizar a los niños expuestos al humo del tabaco de los adultos como fumadores en contra de su voluntad: «Pablo, 4 años, fuma un paquete un medio al día. Laura, 6 años, fuma doce cigarrillos al día. Sergio aún no ha nacido y ya está empezando a fumar. Porque cada vez que fumas un cigarrillo delante de un niño estás obligándole a respirar el humo del tabaco, con graves consecuencias para su salud. Elige espacios sin humo. Por lo que más quieras».



### 4.3. EL TABAQUISMO COMO ENFERMEDAD

La caracterización del tabaquismo como enfermedad ha sido clave a la hora de justificar la intervención médica en el ámbito de las conductas, pues permite trasladar al cuerpo social las concepciones que rigen en torno al cuerpo físico, así como sus terapias. Según Zigmunt Bauman (1997, 2005), la aplicación de los modelos médicos a la administración de lo social permite legitimar políticas de erradicación de elementos dañinos.

Al clasificar a la nicotina como droga y al fumador como adicto se pueden trasladar al mundo del tabaco los estereotipos construidos en torno a las drogas, como el síndrome de abstinencia si no se consume la sustancia a la que se es adicto, negando que pueda existir un consumo moderado y mínimamente dañino de estas sustancias. En la página web del NIDA (National Institute on Drug Abuse), dependiente del gobierno de Estados Unidos, se puede encontrar una muestra del típico discurso en torno al tabaco como droga y los efectos de su privación: «Las personas adictas a la nicotina presentan los síntomas del síndrome de abstinencia cuando tratan de dejar de fumar. Por ejemplo, un estudio encontró que cuando fumadores crónicos se privan de fumar cigarrillos durante 24 horas presentan irritabilidad, hostilidad, agresión y disminución de la actitud de cooperación social. Las personas que padecen del síndrome de abstinencia a la nicotina también necesitan más tiempo para recobrar su equilibrio emocional después de una tensión nerviosa. Durante los períodos de abstinencia o cuando tienen ansias excesivas de fumar, se ha demostrado que los fumadores sufren un deterioro en una amplia gama de funciones sicomotoras o cognitivas tales como la comprensión del lenguaje».

El fumador, por su condición de enfermo, debe ponerse en manos de un experto que le ayudará, en primer lugar, a interiorizar una determinada visión de sí mismo para, después, seguir un tratamiento determinado. Las descripciones en torno a la abstinencia del tabaco se redactan en términos técnicos y generales, sin tener en cuenta la existencia de casos y personas individuales, llegando incluso a considerar el comportamiento de las ratas de laboratorios como algo extrapolable a la conducta humana. Discursos así borran cualquier referencia al entorno cultural y social de cada individuo, a

su manera de sentir particular; entramos en el dominio de un determinismo que despoja de libertad y de sentido a las acciones humanas.

## 5. EL CULTO AL CUERPO

En íntima conexión con el proceso de medicalización está el ideal de la salvación del cuerpo a través de una especie de «religión de la salud» cuyo objetivo último es una utopía de juventud y vida eternas. Vemos así cómo el poder no es algo externo a los miembros de una sociedad, sino que es algo que éstos interiorizan, algo que los atraviesa, que los construye y los constituye.

Se puede hablar de una «cultura somática» en la que el cuerpo es blanco de atenciones e inversiones, de presentación y representación [Álvarez-Uría y Varela, 1986: 145-155]. Ver y sentirse bien forman parte de un nuevo hedonismo que domina los anuncios publicitarios [Turner, 1984: 245].

Aludir a cuestiones de carácter más bien estético pero sin desligarlas de la idea de enfermedad se ha convertido en una potente arma ideológica. Por ejemplo, en el caso del tabaco, se ha intentado desmontar su conexión simbólica con la seducción —tan explotada por el cine y la publicidad de las compañías tabaqueras— con mensajes en los que se intenta relacionar el consumo de tabaco con impotencia y pérdida de atractivo físico. Ocurre así con una campaña lanzada por el Servicio Nacional de Salud del Reino Unido (NHS) y dirigida a los jóvenes, que utilizaba imágenes impactantes y frases coloquiales, como: «¿Fumar te hace duro? No si eso significa que no puedes levantarla».

Los mensajes dirigidos a las mujeres se basaban, sobre todo, en la disminución del atractivo físico y en olor pestilente que desprenden los que fuman. Para llegar mejor al sector femenino, este servicio de salud creó una revista titulada *Ugly* (Feo/a), en la que se informaba sobre los efectos del tabaco.

La apelación a temas como el mal olor del fumador remite a un higienismo que se sustenta en rechazo y miedo a la contaminación, como veremos a continuación.

## 6. EL FUMAR Y LO IMPURO

Para Mary Douglas [1991: 163], la división entre lo sagrado y lo profano, llevada a la vida social, conduce a la existencia de una relación entre contaminación y moral, pues la gente piensa que su medio social consiste en que las personas están juntas o separadas por líneas que deben respetarse. Lizcano [2006: 239] destaca cómo la imposición de un orden lleva necesariamente la expulsión de elementos irreductibles a ese orden. Es tarea de la religión delimitar ambos ámbitos (lo puro y lo impuro) y mantenerlos separados, pues estos residuos creados por el orden para poder serlo constituyen una amenaza para éste. A la luz de estas ideas, es más fácil entender expresiones en relación al tabaco como: «No estar contaminado es un derecho, y hay que poder ejercerlo» [*El País*, 19/I/2003].

En el mundo de la modernidad, construido en torno a un racionalismo extremo, para que la sociedad esté ordenada, cada cosa tiene que ocupar un lugar [Douglas, 1991]. En un grupo humano amenazado por elementos heterogéneos emerge la idea de los extraños, infiltrados, desviados como subproductos.

De este modo, es más fácil así comprender cómo, alrededor de los que fuman, se ha creado un círculo de exclusión. Existen zonas «puras», esto es, espacios en los que está prohibido fumar e «impuras», a saber, espacios en los que se puede fumar. Los que fuman deben refugiarse en el ámbito de lo privado o retirarse a zonas concretas –cada vez más escasas– marcadas para ellos, lo que implica reclusión y exclusión. Veamos algunos ejemplos de la retórica aparecida en la prensa diaria en relación a este tema.

«Gracias al Plan Nacional contra el Tabaquismo, habrá una mayor eficacia para acorralar al tabaco y ayudar a los fumadores a que dejen su pernicioso hábito» [*ABC*, 16/I/2003]. «En EE.UU., una oleada de leyes y restricciones han cercado a los fumadores» [*La Voz de Galicia*, 31/X/2005]. «[...] liberar de humo los espacios de convivencia públicos, incluidos los centros de trabajo, haciendo recular a los fumadores a zonas específicas donde cultivar su vicio» [*El País*, editorial, 16/I/2003].

Con motivo de la promulgación en España de la *Ley 28/2005, de 26 de diciembre, de medidas sanitarias frente al tabaquismo y reguladora de la venta, el su-*

*ministro, el consumo y la publicidad de los productos del tabaco*, que recibió amplia cobertura mediática, se habló de objetivos como el de «liquidar la cultura del tabaco», o iniciar el «destierro del tabaco al ámbito privado» [*La Vanguardia*, 31/XII/2005].

Además, al llevar los paquetes de tabaco una etiqueta que lo señala como un veneno («Fumar puede matar»), y al ser presentado el tabaquismo como epidemia y adicción que conviene erradicar pues ocasiona múltiples enfermedades —entre ellas el tan temido cáncer— se puede hablar de una doble significación del tabaco como impureza: por un lado, la del cuerpo, al contaminarlo con sustancias que lo contaminan y amenazan su salud; por otro lado, la de la sociedad, ya que el tabaco daña a los que fuman en tanto que miembros de una comunidad, así como a los que rodean al fumador. Además, fumar es tachado de «vicio», esto es, de conducta intrínsecamente mala, contagiosa y, por tanto, peligrosa. Esto conecta íntimamente con la noción de chivo expiatorio, abordada a continuación.

## 7. EL TABACO COMO CHIVO EXPIATORIO

Como se ha apuntado, toda sociedad necesita reafirmar, periódicamente, sentimientos e ideas colectivos, y estas ideas intensas y compartidas tienden a adoptar una forma religiosa. Una de las formas de lograrlo es a través de la creación de enemigos que condensen aquello que temen y odian. Según René Girard (1986, 1995), existe una identificación formal entre la violencia y lo sagrado en función del mecanismo de la víctima propiciatoria, que a menudo es destruida y expulsada de la comunidad. La función esencial de la guerra y de los ritos que la acompañan es la de preservar el equilibrio y la tranquilidad de las comunidades que, mediante esta catarsis, se ven purificadas y cohesionadas, alejando la amenaza de una violencia más instintiva.

Las campañas antitabaco buscan provocar sentimientos de rechazo y miedo hacia esta sustancia, apelando con frecuencia a los daños para la salud y recurriendo, en ocasiones, a la estrategia de sembrar el pánico, al presentar este producto como un veneno. Por ejemplo, en Francia se lanzaron dos campañas brutales. En una de ellas se difundió un anuncio a través de las

principales cadenas de televisión, alertando con el siguiente texto: «Aviso a los consumidores: restos de ácido cianhídrico, de mercurio, de acetosa y de amoníaco han sido descubiertos en un producto de consumo corriente. Para saber más, llame gratuitamente al 08 800 404 404». El pánico cundió, pues miles de personas imaginaron que se trataba de un alimento en mal estado. Los patrocinadores de la campaña fueron el Instituto Nacional de Prevención y Educación para la Salud y la Seguridad Social. Esta última institución afirmaba: «Es preferible dar miedo que sufrir 60.000 muertos anuales a causa del tabaco» La otra campaña, llevada a cabo por el Comité Nacional contra el Tabaquismo, mostraba un anuncio televisivo con un enfermo terminal que padecía cáncer de pulmón, pocos días antes de morir.

La inclusión de mensajes disuasorios en los recipientes de tabaco de algunos países, a veces acompañados de impactantes imágenes de los estragos que ocasiona el tabaco, constituye una buena muestra de la tendencia de utilizar el terror como arma propagandística. Así, el tabaco se mantiene como sustancia de venta legal, pero con una fuerte estigmatización y una máxima visibilidad.

España no tardará mucho en incluir este tipo de imágenes en los envases de tabaco. Mientras tanto, se utilizan las llamadas popularmente «esquelas», mensajes que advierten sobre los daños de esta sustancia para la salud en términos genéricos y sin matices, apelando al miedo para provocar el rechazo. De esta manera, este producto se etiqueta de manera que resulte cada vez menos atrayente o, incluso, repulsivo; esto, probablemente, no tiene precedente en la historia.

En las frases impresas en los envases de tabaco se observa una condensación de muchos de los males que temen las sociedades avanzadas. Se apela al miedo a la muerte, («fumar acorta la vida», «fumar provoca cáncer mortal de pulmón»), a la enfermedad («fumar obstruye las arterias y provoca cardiopatías y accidentes cerebrovasculares»), a la contaminación del cuerpo individual y social («fumar perjudica gravemente su salud y la de los que están a su alrededor»), al dolor («fumar puede ser causa de una muerte lenta y dolorosa»), a la adicción («el tabaco es muy adictivo: no empiece a fumar»), o la incapacidad sexual («fumar puede reducir el flujo sanguíneo y provoca impotencia», «fumar puede dañar el esperma y reduce la fertilidad»). Tal

condensación implica que se tenga que exagerar la peligrosidad del hábito de fumar y que se obvие la posibilidad de que exista un consumo de tabaco moderado y no dañino. Tampoco se mencionan ni los posibles efectos beneficiosos para la salud de la ingestión de tabaco ni sus connotaciones simbólicas positivas.

A pesar de estas campañas y medidas, el tabaco no ha perdido todo su atractivo. En la actualidad, la valoración simbólica de este producto es ambivalente, pues, por un lado, condensa importantes temores pero, por otra parte, se encuentra ligado a valores positivos como la libertad o la seducción, asociación que aún se fomenta desde ámbitos como el cine o la publicidad. En el caso de los adolescentes, presentarles el tabaco como algo «prohibido» o «malo» puede tener un efecto contraproducente. De hecho, las campañas dirigidas a persuadir del consumo de tabaco no han tenido demasiado impacto entre ellos, que no sólo no se preocupan en exceso por la salud —pues les sobra—, sino que se sienten atraídos por lo peligroso y prohibido. Se dice, incluso, que las campañas agresivas pueden incitar al consumo en este colectivo, pues les puede incitar a vulnerar la norma («Las alertas contra el tabaco no son efectivas entre adolescentes», *El País*, 26/V/2004). Además, el tabaco ha continuado sirviendo para sentirse parte de un grupo, sobre todo entre los más jóvenes —que así juegan a ser mayores—, algo que no ha cambiado mucho en siglos.

Incidir tanto en lo perjudicial del tabaco sirve, no sólo para canalizar miedos y emotividades, sino también para desviar la atención de males más incontrolables y globales [Beck, 2002].

## 8. LA GUERRA JUSTA

El aprovechamiento de la guerra para movilizar ideológicamente a las masas ha conferido eficacia a la idea de la guerra como metáfora para todo tipo de campañas curativas cuyo fin sea la derrota de un enemigo (Sontag, 2005). En este sentido, pueden ser de utilidad algunas de las ideas de George Lakoff (1991) en torno a las metáforas tejidas en torno a la Primera Guerra del Golfo. Lakoff explica cómo se aplica «El cuento de la guerra justa» para

justificar la moralidad de las guerras. Una guerra justa es una forma de combate cuyo objetivo es ajustar cuentas en el terreno moral, tal y como sucede en los cuentos en los que hay un villano, una víctima y un héroe. Ante un desequilibrio de fuerzas, el héroe afronta dificultades para vencer al villano, que es esencialmente malvado y monstruoso, restaurándose así, el equilibrio moral. El cuento entraña un asimetría: el héroe es bueno y valeroso, mientras que el malvado es inmoral y vicioso. El héroe es racional y, aunque el villano pueda ser astuto y calculador, no se puede razonar con él. Por ello, los héroes tienen que derrotar a los villanos. El enemigo como metáfora del mal absoluto, del demonio, nos permite entender lo que es una guerra justa en términos de la estructura de un cuento.

Este esquema puede aplicarse a guerras como la actual en contra del consumo de tabaco en la que parece que, a diferencia de otros combates en los que existen adversarios con derecho a autodefinirse, el objeto de extermiación se está definiendo unilateralmente. No existe simetría entre dos bandos desde el momento en que el que se encuentra al otro lado es condenado a la aniquilación debido a la lógica del orden que el más fuerte intenta establecer. El otro, en el caso del tabaco, debe ser destruido para que el cuerpo social pueda retener la salud.

A continuación cito algunos ejemplos de la abundante retórica bélica que se puede encontrar en los medios de comunicación en relación al tema que nos ocupa: «El Gobierno de Estados Unidos anunció que desencadenará una campaña de siete años contra el tabaco para evitar la muerte de más de un millón de ciudadanos. [...] La Sociedad Americana del Cáncer contribuirá a esta campaña con entre 25 y 30 millones de dólares y reclutará voluntarios para ponerla en práctica» [*El País*, 24/VIII/1995]. «La guerra contra el tabaquismo es un combate hasta la muerte. Precisamente por ello debe ser, ante todo, congruente con la realidad. Ni operaciones espasmódicas ni propuestas fantásticas: lo que hace falta es una estrategia acompañada de objetivos viables y una acción contundente y sostenida» [*El Mundo*, 31/V/2001]. «España se incorporó de pleno a la ofensiva contra el tabaquismo que la Organización Mundial de la Salud lanzó en mayo de 2003 para poner fin a los cinco millones de muertes que el tabaco provoca cada año» [*ABC.es*, 29I/I 2006].

## 9. CONCLUSIÓN

Como se ha mostrado, el análisis de la actual cruzada en contra del consumo de tabaco a partir de las metáforas (religiosas y bélicas) utilizadas en torno a estas actuaciones, permite valerse de planteamientos teóricos fértiles para comprender las prácticas políticas que se han ido poniendo en marcha para motivar, en la ciudadanía, un cambio de conducta y de imaginario, además de promover cohesión social.

La legitimación de estas medidas y discursos la proporciona el discurso científico, percibido como sagrado en nuestra cultura, ocultándose que sus afirmaciones son algo particular y construido. En concreto, la ciencia médica, además de realizar afirmaciones acerca del tabaco, prescribe modos de comportamiento y normalidad, reduciendo así la autonomía del ciudadano a la hora de decidir acerca de sus costumbres. El tabaco, antes considerado como un hábito común, es catalogado hoy como una enfermedad (adicción) que, a su vez, provoca otras enfermedades y puede dañar a los que rodean al fumador. Este argumento sirve para justificar la intervención médica en lo social, para despojar al tabaco de sus connotaciones simbólicas positivas y para legitimar políticas de erradicación.

En el contexto del actual culto al cuerpo, la asociación entre salud y estética ha sido fértil a la hora de realizar campañas que buscan romper la fuerte asociación simbólica entre el tabaco y la seducción, al presentarlo como un producto que genera envejecimiento, impotencia y suciedad. Concebir el tabaco como sustancia impura justifica discursos y prácticas de reclusión y expulsión del fumador, que se acaba convirtiendo en chivo expiatorio. Exagerar los daños del fumar, apelando al terror, constituye un recurso de primer orden en la lucha contra el tabaco, que se ha unido a la categoría de sustancias etiquetadas como drogas, que arrastran una fuerte estigmatización y que ya se habían convertido en víctimas propiciatorias, contribuyendo así a fortalecer el orden social y desviando la atención de otros males y peligros.

La abundante retórica bélica que rodea a las acciones institucionales en relación al tabaco remite a la idea de que existen guerras justas para acabar con un enemigo público que impide alcanzar la utopía de nuestra cultura: limpieza, orden, belleza, salud, salvación, eternidad.



## BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez-Uría, Fernando y Varela, Julia: *Sujetos frágiles. Ensayos de Sociología de la desviación*. Madrid, FCE, 1989.
- Bauman, Zigmunt: *Modernidad y Holocausto*. Toledo, Ed. Sequitur, 1997.
- Bauman, Zigmunt: *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona, Anthropos, 2005.
- Beck, Ulrich: *La sociedad del riesgo global*. Madrid, Siglo veintiuno de España editores, 2002.
- Bloor, David: *Conocimiento e imaginario social*. Barcelona, Gedisa, 2003.
- Douglas, Mary: *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid, Siglo XXI, 1991.
- Durkheim, Emile: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, Akal, 1982.
- Foucault, Michel: *Genealogía del racismo*. Madrid, La Piqueta, 1992.
- Foucault, Michel: *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Madrid, Siglo XXI, 1999.
- Foucault, Michel: *Vigilar y castigar*. Madrid, Siglo XXI, 2000.
- Giner, Salvador: «La religión civil», en Díaz-Salazar, R.; Giner S. y Velasco F. (eds.) *Formas modernas de religión*. Madrid, Alianza Universidad, 1996, pp. 129-171.
- Girard, René: *El chivo expiatorio*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- Girard, René: *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- Hatton, Judith, en Harris, Ralph y Hatton, Judith: *En defensa del tabaco. El gran debate*. Madrid, Taller de Mario Muchnik, 2000.
- Lakoff, George: «La metáfora en política», *Carta abierta a internet*, disponible en <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/guerra.html>, 1991.
- Lizcano, Emmánuel: *La metáfora como analizador social, en Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, n° 2, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1999.
- Lizcano, Emmánuel: *Imaginario colectivo y análisis metafórico*. Conferencia inaugural del I Congreso Internacional de Estudios sobre Imaginario y Horizontes Culturales, Cuernavaca, México, mayo de 2003.
- Lizcano, Emmánuel: *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid, Traficantes de sueños. 2006.

- Noble, David: *La religión de la tecnología. La divinidad del hombre y el espíritu de invención*. Barcelona, Paidós, 1999.
- Sontag, Susan: *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Madrid, Suma de Letras, 2005.
- Turner, Bryan: *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*. México, Fondo de Cultura Económica. 1984.
- Weber, Max: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península, 1989.